

con indiferencia casi, porque el individuo era responsable de sus acciones: lo que tenía que ver con la sociedad, era notado por todos. La opinión no fué solo un juicio, sino el anuncio de lo que se ejecutaría en un caso dado.

Así nacido, creado y funcionando el pueblo, formando la caudalosa corriente: sus aberraciones, sus enfermedades, no tienen influencia, como no influye en el curso de las aguas la hoja que se desprende del árbol, ni el fango que enturbia á veces su superficie.

La democracia se ha realizado, y esta realización la presenta con caracteres distintos de todo punto de los caracteres con que conocemos en la historia á los pueblos que no tienen de tales mas que el nombre.

Las clases, conforme á la tradición en las sociedades antiguas, sobresalen, son el todo; ellas engendran eminencias que proyectan su sombra en las masas y las convierten en enfermizas y en viciosas.

La categoría del cielo consagrando la perversión del espíritu en el secuestro de la conciencia; la categoría militar haciendo del asesinato una profesión y un taller de violencias el cuartel, haciendo la disciplina un instrumento de asfixia; la categoría de la sangre, llevando á los destinos públicos la pereza, la ignorancia, la lujuria y el robo; la categoría del saber haciendo de las aulas estancos de la luz, cuando no oficinas de falsificadores de la verdad.

Y para sostener á estos enjambres de farsantes y verdugos, el pueblo, á su vez ignorante, rencoroso, paga, pero se hace incompatible con las otras fracciones sociales, con intereses opuestos al suyo.

En esta democracia militante, las religiones en su concur-

rencia, compiten por beneficios reales; la escuela, el hospital, el taller, son objeto de su cuidado; y cuando pretende entrar, como el cristianismo, en terreno vedado, entónces la opinión lo contiene y la indiferencia lo restituye á sus rieles pacíficamente.

El elemento militar perturba y amenaza, pero también sin consecuencia: todo se reduce á pérdidas del tesoro, á disimulos en el presupuesto; pero el país es tan rico, que el propio despilfarro no importa un menoscabo.

¿Y las clases? y la nobleza? y toda la nomenclatura de saltimbanquis que son el azote de los pueblos? Esos no existen; y los vagos y los arbitristas pasan cayendo, fatigados en su camino, en medio de la rechiffa universal.

Pero adviértase que esos caballeros de industria de las compañías fantásticas, de las empresas temerarias, esos alquiladores del viento, esos consocios del sol y del mar, son individuales, es decir, la espina, el grano, la verruga, no la sociedad americana.

Esas individualidades efímeras son las que extravían á los viajeros, con mucha especialidad á los de la raza latina, y es porque existe lo que se ve y lo que no se ve, como en uno de los preciosos sofismas de Bastial: se ve á la mujer pública en toda su desvergüenza, invadiendo las calles, asaltando los paseos, reclamando fueros y consideraciones; no se ven cientos de maestras en las escuelas públicas, modelos de saber, de recogimiento y de virtud; no se fija la atención en las obreras de Haster; no se ven salir en las noches de la casa de Stewart, por cientos, las que fungen de dependientes y se concilian el respeto universal por su dignidad y compostura.

Se ve á los mil petardistas que explotan el *humbug*, y no los grandes inventos que honran á la humanidad.

Se ve al banquero que despide al mendigo de su puerta, y no al que envía cientos de miles para las bibliotecas, para las escuelas y casas de beneficencia.

En este particular es tan falible el juicio, que á primera vista, en un teatro, en un paseo, hay un personaje que comete inconveniencias de educacion impasables; muchas veces se indaga, y es porque el personaje de bejuquillo de oro y anillo de diamantes, es el carnicero, el herrero, el zapatero; y la gran señora á quien acaba vd. de ceder el asiento en un wagon, al siguiente dia la encuentra vd. barriendo los corredores de su hotel, ó va entrando en nuestro cuarto en demanda de nuestra ropa sucia para lavarla.

Como el trabajo y las empresas son más lucrativos que los empleos; como éstos no reconocen propiedad; como las consideraciones sociales están en razon de la independencia del individuo, éste tiene un modo de vivir ó lo busca, sin que se finque el modo de ser de una clase determinada de los empleos, y este es un elemento trascendental de paz.

El juez, el general, el presidente el dia que termina su encargo, vuelven á su taller en medio de la consideracion universal; el capitán que atraía las miradas en la mañana, va en la tarde con un tablon al hombro, sin esfuerzo y sin que nadie se fije en él.

En una palabra; nosotros, es decir, los pueblos hispano-americanos, como me hacia observar hablando de esto mi amigo Jacinto Gutiérrez, venezolano ilustre, por nuestra tradicion y á causa de nuestra propia independencia, presentamos constantemente el espectáculo del pueblo en su tenden-

cia á elevarse, y las clases en su afan de deprimirlo: el pueblo, un instante levantado, pero sin cimientos, sin bases sólidas, sucumbiendo para volverse á levantar de nuevo; y en este vaiven, un corto número de hombres de ideas verdaderamente liberales, segun la feliz expresion de Gomez del Palacio, luchando por hacer entrar en el carril del progreso social á los millones que tienen fuera de él los vicios de la educacion, la abyeccion y la barbarie.

Por fortuna del lector, y tambien mia, han tocado á mi puerta: digo por fortuna, porque terminan las soporíferas observaciones que me preocupaban y que continuaré cuando tema ménos que ahora aburrir á mis lectores.

Me proponia visitar la Aduana y estudiarla con el detenimiento posible.

Las cuestiones económicas en este, como en todos los pueblos, son tan importantes, que bien merecian dedicarles algunos ratos de disertaciones que son de otro lugar; y no tenga esto como una amenaza el lector, sino como motivo de expediciones á que me llevaba el deseo de hacer algo útil. Por otra parte, mi manía han sido esta especie de trabajos, y nadie tiene el corazon tan duro que no disimule las flaquezas de su prójimo de vez en cuando.

Me conducia en mi excursion el Sr. Macías, redactor del *Comercio*, persona en quien compiten el talento con la esmerada educacion.

La Aduana está situada en la parte baja de la ciudad, al Este, es decir, allí donde á sus anchas retozó el desórden

cuando los primeros pobladores de esta isla se instalaron en ella, echando, como quien dice, por el atajo.

Hace poco, la parte que ahora recorriamos era *la corte de los milagros* de la ciudad.

Por aquellas vecindades está la calle, de la que hacia, en 1869, la siguiente pintura la Guía de Nueva-York:

“Los cristales de las ventanas que no están rotos, se han vuelto opacos con la porquería que los cubre, reemplazando con frecuencia el vidrio que desapareció, algun sombrero viejo ó algun hediondo trapo, que impide á un tiempo la entrada del aire y de la luz. De vez en cuando alguna mujer desaseada y á medio vestir, asoma la cabeza por una de aquellas ventanas, para mirar vagamente y con aire perezoso, la desapacible perspectiva que desde allí se ofrece, ó para reprender agriamente, con abundancia de juramentos, á algun chiquillo de los de la calle que ha quebrantado los preceptos paternos.

“Cruzan del uno al otro lado de la callejuela, un sinnúmero de cuerdas cubiertas de harapos, que se supone haber sido lavados y que cuelgan allí para secarse y para mantener en estado continuo de humedad el piso de la calle, saturando con sus líquidos desprendimientos, tan desagradables al olfato como perjudiciales á los sombreros y á los trages, á los muchachos que juegan debajo, ó á algun desgraciado transeunte que se ve en la precision de arrostrar aquella lluvia grasienta y hedionda. En la parte ancha de la calle hay siempre una muchedumbre que pudiera proporcionar materia al génio especial de un Hogart ó de un Dickens.

“Vense allí carretones que sirven de pescadería ambulante, desde donde se venden peces cuyo olor indica la larga

fecha que hace han abandonado su elemento, y otros vendedores que llevan sus mercaderías en otros carretones semejantes, con verduras que de todo tienen ménos de verde; que ó son lo que debieran ser las legumbres, ó están tan sazoadas, que han llegado al estado de fermentacion. Operarios sin trabajo, ladrones sin ocupacion, individuos ébrios de ambos sexos que se dirigen dando traspiés á sus habitaciones, ó más bien cuevas respectivas, abrazando cariñosamente frascos ó botellas de veneno, con el título de *whiskey*; criaturas prematuramente desarrolladas y arrugadas que ofrecen el doloroso aspecto de seres enanos y raquíticos: tales son los humanos elementos de aquel repulsivo vecindario.”

Como he dicho, estas son las vecindades del rumbo que atravesamos; vecindades muy mejoradas, y en las que sería hoy pálido y sin verdad el cuadro que acabamos de copiar.

Trátase del laberinto de los bancos, de los tesoros de la gran ciudad y de las oficinas más importantes: la Tesorería y la Aduana.

En calles desiguales que se abren y se cierran por sus esquinas, entre alturas y depresiones de terreno, se va á ese asombroso manantial de dinero que se llama la Aduana de Nueva-York.

Es un edificio de granito de aspecto sombrío en su entrada, como si hubiera comprendido el arquitecto que se trataba de la inquisicion del comercio.

Las robustas columnas que forman el pórtico son estrechas, y en el mismo pórtico, entre las columnas del centro, está incrustada en fracciones la escalera que conduce al primer cuerpo del edificio, porque su *bassement* ó piso subterráneo es altísimo.

El salon del despacho es de forma circular, de mucha elevacion, y tiene de trecho en trecho columnas que dan á amplísimos salones.

En el piso del despacho, en círculo corrido, hay grandes bufetes de caoba con sus frentes cerrados y sus puertecillas en forma de arco, por donde solo puede asomar una persona á hablar con el empleado. Me parece inútil decir que el gentío era inmenso: estaban agolpados los hombres frente á las mesas, con sus sombreros puestos y sus papeles en las manos, en número como de mil personas, y eran las doce de la mañana, hora que menciono por ser de un calor insoportable, y por lo mismo, menor que á otras horas la concurrencia.

Sin trabajo alguno preguntamos por el jefe, para quien llevábamos recomendacion, y nos dirigieron al segundo piso del edificio, despues de atravesar un patio estrecho con fajas de tránsito, que no me atrevo á llamar corredores.

La seccion del edificio por donde transitamos, está destinada á la contabilidad y al asesor ó fiscal que ordena la cuenta.

El jefe á quien fuimos presentados, es aleman de nacimiento, regordete, moreno, un tanto calvo, de ojos negros y de fisonomía abierta y marcial.

Se dice que este personaje, que á las primeras palabras se comprende que es un hombre lleno é inteligente, es notable economista y persona muy despierta en toda clase de negocios.

El Sr. Macías tuvo la dignacion de llevar la palabra: le expuso el objeto de mi visita, que no era otro sino ver las oficinas de la Aduana y adquirir datos para juzgar con fun-

damento de nuestras relaciones mercantiles, cultivando estudios á que soy aficionado.

Con este motivo, entró en explicaciones el jefe que me pareció al frente de la oficina de contabilidad, y trayendo el Informe estadístico de comercio y navegacion que comenzó en 30 de Junio del año pasado y debe terminar en 1.º de Julio como nuestros años fiscales, me hizo notar algunos artículos de comercio activo de México, como café, cueros de res, caballos, henequen y palo de tinte, que representaban, con otros artículos que no menciono, la suma de diez millones de pesos poco más ó ménos.

En cambio, yo le recordé cifras en que convino, de las que resulta que los americanos no importan á nuestro suelo ni dos millones de pesos, y si se pusiera millon y medio, andaria mucho más acertado. Este resultado le hizo sonreír y yo le hice notar que las cifras citadas ponian de manifiesto los absurdos económicos de su tarifa.

—Se ha nombrado, me dijo, una comisión *ad hoc* para que emita su juicio sobre nuestro arancel; tiene concluidos sus trabajos, y la próxima legislatura hará rebajas muy notables.

La tendencia de este gobierno, como la de todo gobierno bien intencionado, debe ser, me dijo, estrechar los vínculos por medio de relaciones de igualdad, y eso deberá hacerse con México por medio de un tratado en que se concilien todas las ventajas, de una manera amiga: un sistema como el del Zollverein, haria efectivas todas las libertades.

Yo no repliqué, porque sentia que mi asiento se hundia y que me faltaba la razon.

Un sistema en que gozáramos todas las libertades por medio de un tratado como el del Zollverein, es nada ménos

que la pérdida de nuestra independencia; ó así fué, ó así lo comprendí: el caso es que abrevié mi visita y me propuse imponerme con alguna otra persona de la cuestion de aduanas, ó no imponerme, que de cóleras estoy harto, y masco la bilis por estas calles de Dios. ¿Querer que México sea la India de esta Nueva Inglaterra? ¡Un demonio!

El jefe á quien fuimos recomendados, me hizo instancia para que repitiese mi visita; me obsequió con algunos documentos importantes, y yo salí ardiendo mi alma de aquel magnífico edificio.

La Zona, un mercado en que no se tenga concurrencia para dar salida á los artículos que produce este suelo; el proteccionismo que unos cuantos propagan en mi país, ciegos y obstinados, este será el cáncer que devore á México.

Mantengamos nuestras prohibiciones, alcemos nuestras tarifas de modo que se repudie toda concurrencia hasta buscar el nivel de los Estados-Unidos, y entónces seremos la India de esta Nueva Inglaterra!

¡Qué distinto rumbo nos marca el dedo certero de la libertad! Abatidas nuestras tarifas hasta donde más fuese posible, con puertos de depósito en todo el golfo y franquicias las más amplias en toda la frontera, el comercio para los Estados-Unidos tomara el rumbo de México, y se verificaría una revolucion grandiosa en todos los pueblos hispano-americanos; por sí mismas se efectuarían entónces mejoras que abortan en especulaciones desastradas; se protegerían naturalmente industrias naturales que no necesitan fomento alguno; la alza del salario seria la regeneracion eficaz de nuestro pueblo, y el roce con las otras naciones, el elemento más poderoso de fuerza y de progreso.

A los artesanos politicastro, á los periodistas que por la curva de las juntas buscan las curules, á la masonería electoral, han de parecer muy amargas mis verdades y me producirán injurias; pero la evidencia de mis racionios tendrá apoyo un dia en todos los hombres rectos é ilustrados de mi patria.

Durante los once meses corridos del presente año fiscal, el valor de las exportaciones ha ascendido á 560.000,000 de pesos, ó sea un aumento de 165.000,000 comparado con el de igual época del año anterior. El de las importaciones ha sido de 430.000,000 ó sea una disminucion de 24.000,000. La exportacion del oro subió á 49.000,000 y la importacion á 39.000,000.

La parte digna de recorrerse como dependencia de la Aduana, son los almacenes en que se hace el despacho, y de ellos haré otro dia una descripcion á mis lectores.

Al regresar de mi excursion, me guarecí del sol infernal que derretia los sesos, en la oficina consular.

Juan Navarro, aparte de ser un sabio, es un hombre de muy buena sociedad y el platicador más divertido y más sazonado que vdes. pueden imaginar: conversaba con Mariscal y con Francisco Gomez del Palacio, diestros como ellos solos para esgrimir la sin hueso y dar riquísimas tintas á la caricatura de la palabra, cuando se trata del *humbug* y del escabroso idioma de Washington Irving.

Conmigo es el tema eterno de conversacion el inglés, porque saben y palpan mi dificultad infinita para pronunciarlo.

Pero les replicaba yo:

—Cuando una palabra tiene el hilo y el chisgo de nuestro idioma, pase, se da tino sus trazas para comprenderla; cuando la palabra es de todo punto diferente, entónces se da uno sus mañas para buscarle punta; pero yo no me puedo conformar con que *comencemente* de un colegio, sea fin de su año escolar y no principio: *claim*, reclamo y no clamor, y que cuando me digan *cinic*, me quede como una lechuga, porque me quieran decir hombre de experiencia y desengañado. ¿Cómo me puede entrar en la cabeza que *descriminate* sea distinguir y separar, sin tener nada que ver con la criminalidad?

—Más te escuecerá, me decía Francisco, que te llamen á tí Mr. Praits, á Negrete Negrito, á Iglesias Aiglisaias, á mí Pelesaio y á Diaz Daiaz.

—Para eso de entenderse con americanos, no hay como el castellano viejo, dijo Navarro, y si no me creen, díganme lo que opinan de la historia que voy á referir.

—Historia de españoles de fé son la materia inagotable de tus cuentos, como de Fernando Calderon los legos.

—Escuchen vdes:

Recien llegado, hace años, á esta ciudad, un dia estaba muy reposado y silencioso en un baño público, cuando de repente oí recias pisadas que revelaban largo y holgado calzado, y oí que sonaban las palmas de la mano como llamando.

—¡Ah de casa! dijo una voz acentuadísima de la Península Ibérica.

—Santos y buenos días.

Se oyó salir á la irlandesa de servicio.

—Hijita, le dijo mi español, póngame vd. un baño con el

agua tibiecita, al calor del cuerpo.... por allí, por aquel rinconcillo.

La irlandesa, en el asendereado inglés que les es natural á los de su raza, le decía que si quería solo agua fria, para abrir, segun su voluntad, las llaves....

—Eso es, todo lo alistas.... que sea de lino la sábana.... ¿de la sábana me hablabas?

Emprendióse un altercado en que cada cual hablaba lo que le parecia.... yo, á medio vestir, saqué la cabeza fuera de la puerta.

Encontréme con un hombre con un sombrero á la Pipelet, panzon, mofletudo, con su vestido de rayadillo, su amplia alpargata y su paraguas encarnado bajo el brazo.

—Caballero, me dijo, ¿vd. quiere hacer el favor de decir por qué no me hace caso este pedazo de canto?

—Porque no se entienden, le dije, porque vd. le habla de la sábana y ella de la agua fria. Ya está el baño, vaya vd. por allí.

—Bendito sea Dios, hombre! bendito sea! porque encontré persona de chirúmen; pues vea vd., en mi tierra, por negada que sea la persona, cuando uno pide agua, aquel á quien se dirige la palabra sabe á poco más ó ménos que de agua se trata; pero aquí todo anda al revés....

—Consuélate con las observaciones del español.

Así concluyó Navarro.